

El bobo lloraba de alegría. Y luego don Manuel dijo:

-Muy pocas palabras, hijos míos, pues apenas me siento con fuerzas sino para morir. Y nada nuevo tengo que deciros. ya os lo dije todo. Vivid en paz y contentos y esperando que todos nos veamos un día, en la Valverde de Lucerna que hay allí, entre las estrellas de la noche que se reflejan en el lago, sobre la montaña. Y rezad, rezad a María Santísima, rezad a Nuestro Señor. Sed buenos, que esto basta. Pedonadme el mal que haya podido haceros sin quererlo y sin saberlo. Y ahora, después de que os dé mi bendición, rezad todos a una el Padrenuestro, el Ave maría, la salve, y por último el Credo.

Luego, con el crucifijo que tenía en la mano dio la bendición al pueblo, llorando las mujeres y los niños y no pocos hombres, y en seguida empezaron las oraciones, que Don Manuel oía en silencio y cojido de la mano por Blasillo, que al son del ruego se iba durmiendo. Primero el Padrenuestro con su "hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo", luego el Santa María con su "ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte", a seguida la Salve con su "gimiendo y llorando en este valle de lágrimas", y por último el Credo. Y al llegar a la "resurrección de la carne y la vida perdurable", todo el pueblo sintió que su santo había entregado su alma a Dios. y no hubo que cerrarle los ojos, porque se murió con ellos cerrados. Y al ir a despertar a Blasillo nos encontramos con que se había dormido en el Señor para siempre. Así que hubo luego que enterrar dos cuerpos.

El pueblo todo se fue en seguida a la casa del santo a recoger reliquias, a repartirse retazos de sus vestiduras, a llevarse lo que pudieran como reliquia y recuerdo del bendito mártir. Mi hermano guardó su breviario, entre cuyas hojas encontró, desecada y como en un herbario, una clavellina pegada a un papel y en éste una cruz con una fecha.

Nadie en el pueblo quiso creer en la muerte de Don Manuel; todos esperaban verle a diario, y acaso le veían, pasar a lo largo del lago y espejado en él o teniendo por fondo las montañas; todos seguían oyendo su voz, y todos acudían a su sepultura, en torno a la cual surgió todo un culto. Las endemoniadas venían ahora a tocar la cruz de nogal, hecha también por sus manos y sacada del mismo árbol de donde sacó las seis tablas en que fue enterrado. Y los que menos queríamos creer que se hubiese muerto éramos mi hermano y yo.

Él, Lázaro, continuaba la tradición del santo y empezó a redactar lo que le había oído, notas de que me he servido para esta mi memoria.

-Él me hizo un hombre nuevo, un verdadero Lázaro, un resucitado -me decía-, Él me dio fe.

-¿Fe? -le interrumpía yo.

-Sí, fe, fe en el consuelo de la vida, fe en el contento de la vida. Él me curó de mi progresismo. Porque hay, Ángela, dos clases de hombres peligrosos y nocivos: los que convencidos de la vida de ultratumba, de la resurrección de la carne, atormentan, como inquisidores que son, a los demás para que, despreciando esta vida como transitoria, se ganen la otra, y los que no creyendo más que en este...

-Como acaso tú... -le decía yo.

-Y sí, y como Don Manuel. Pero no creyendo más que en este mundo, esperan no sé qué sociedad futura, y se esfuerzan en negarle al pueblo el consuelo de creer en otro...

-De modo que...

-De modo que hay que hacer que vivan de la ilusión.

El pobre cura que llegó a sustituir a Don Manuel en el curato entró en Valverde de Lucerna abrumado por el recuerdo del santo y se entregó a mi hermano y a mí para que le guiásemos. No quería sino seguir las huellas del santo. Y mi hermano le decía: "Poca teología, ¿eh?, poca teología; religión, religión." Y yo al oírsele me sonreía pensando si es que no era también teología lo nuestro.

Yo empecé entonces a temer por mi pobre hermano. Desde que se nos murió Don Manuel no cabía decir que viviese. Visitaba a diario su tumba y se pasaba horas muertas contemplando el lago. Sentía morriña de la paz verdadera.

-No mires tanto al lago -le decía yo.

-No, hermana, no temas. Es otro el lago que me llama; es otra la montaña. No puedo vivir sin él.

-¿Y el contento de vivir, Lázaro, el contento de vivir?

-Eso es para otros pecadores, no para nosotros, que le hemos visto la cara a Dios, a quienes nos ha mirado con sus ojos el sueño de la vida.

-¿Qué, te preparas a ir a ver a Don Manuel?

-No, hermana, no; ahora y aquí en casa, entre nosotros solos, toda la verdad por amarga que sea, amarga como el mar a que van a parar las aguas de este dulce lago, toda la verdad para ti, que estás abroquelada contra ella...

-¡No, no, Lázaro; ésa no es la verdad!

-La mía, sí.

-La tuya, ¿pero y la de...?

-También la de él.

-¡Ahora no, Lázaro; ahora no! Ahora cree otra cosa, ahora cree...

-Mira, Ángela, una de las veces en que al decirme Don Manuel que hay cosas que aunque se las diga uno a sí mismo debe callárselas a los demás, le repliqué que me decía eso por decírselas a él, esas mismas, a sí mismo, y acabó confesándome que creía que más de uno de los más grandes santos, acaso el mayor, había muerto sin creer en la otra vida.

-¿Es posible?

-¡Y tan posible! Y ahora hermana, cuida que no sospechen siquiera aquí, en el pueblo, nuestro secreto...

-¿Sospecharlo? -le dije-. Si intentase, por locura, explicárselo, no lo entenderían. El pueblo no entiende de palabras; el pueblo no ha entendido más que vuestras obras. Querer exponerles eso sería como leer a unos niños de ocho años unas páginas de Santo Tomás de Aquino... en latín.

-Bueno, pues cuando yo me vaya, reza por mí y por él y por todos.

Y por fin le llegó también su hora. Una enfermedad que iba minando su robusta naturaleza pareció exacerbarse con la muerte de Don Manuel.

-No siento tanto tener que morir -me decía en sus últimos días-, como que conmigo se muere otro pedazo del alma de Don Manuel. Pero lo demás de él vivirá contigo. Hasta que un día hasta los muertos nos moriremos del todo.

Cuando se hallaba agonizando, entraron, como se acostumbra en nuestras aldeas, los del pueblo a verle agonizar, y encomendaban su alma a Don Manuel, a San Manuel Bueno, el mártir. Mi hermano no les dijo nada, no tenía ya nada que decirles; les dejaba dicho todo, todo lo que queda dicho. Era otra laña más entre las dos Valverdes de Lucerna, la del fondo del lago y la que en su sobrehaz se mira; era ya uno de nuestros muertos de vida, uno también, a su modo, de nuestros santos.

Quedé más que desolada, pero en mi pueblo y con mi pueblo. Y ahora, al haber perdido a mi San Manuel, al padre de mi alma, y a mi Lázaro, mi hermano aún más que carnal, espiritual, ahora es cuando me doy cuenta de que he envejecido y de cómo he envejecido. Pero ¿es que los he perdido?, ¿es que he envejecido?, ¿es que me acerco a mi muerte?

¡Hay que vivir! Y él me enseñó a vivir, él nos enseñó a vivir, a sentir la vida, a sentir el sentido de la vida, a sumergirnos en el alma de la montaña, en el alma del lago, en el alma del pueblo de la aldea, a perdernos en ellas para quedar en ellas. El me enseñó con su vida a perderme en la vida del pueblo de mi aldea, y no sentía yo más pasar las horas, y los días y los años, que no sentía pasar el agua del lago. Me parecía como si mi vida hubiese de ser siempre igual. No me sentía envejecer. No vivía yo ya en mí, sino que vivía en mi pueblo y mi pueblo vivía en mí. Yo quería decir lo que ellos, los míos, decían sin querer. Salía a la calle, que era la carretera, y como conocía todos, vivía en ellos y me olvidaba de mí, mientras que en Madrid, donde estuve alguna vez con mi hermano, como a nadie conocía, sentíame en terrible soledad y torturada por tantos desconocidos.

Y ahora, al escribir esta memoria, esta confesión íntima de mi experiencia de la santidad ajena, creo que Don Manuel Bueno, que mi San Manuel y que mi hermano Lázaro se murieron creyendo no creer lo que más nos interesa, pero sin creer creerlo, creyéndolo en una desolación activa y resignada.

Pero ¿por qué? -me he preguntado muchas veces- no trató Don Manuel de convertir a mi hermano también con un engaño, con una mentira, fingiéndose creyente sin serlo? Y he comprendido que fue porque comprendió que no le engañaría, que para con él no le serviría el engaño, que sólo con la verdad, con su verdad, le convertiría; que no habría conseguido nada si hubiese pretendido representar para con él una comedia -tragedia más bien-, la que representaba para

salvar al pueblo. Y así le ganó, en efecto, para su piadoso fraude; así le ganó con la verdad de muerte a la razón de vida. Y así me ganó a mí, que nunca dejé transparentar a los otros su divino, su santísimo juego. Y es que creía y creo que Dios Nuestro Señor, por no sé qué sagrados y no escrutados designios, les hizo creerse incrédulos. Y que acaso en el acabamiento de su tránsito se les cayó la venda. ¿Y yo, creo?

Y al escribir esto ahora, aquí, en mi vieja casa materna, a mis más que cincuenta años, cuando empiezan a blanquear con mi cabeza mis recuerdos, está nevando, nevando sobre el lago, nevando sobre la montaña, nevando sobre las memorias de mi padre, el forastero; de mi madre, de mi hermano Lázaro, de mi pueblo, de mi San Manuel, y también sobre la memoria del pobre Blasillo, de mi San Blasillo, y que él me ampare desde el cielo. Y esta nieve borra esquinas y borra sombras, pues hasta de noche la nieve alumbra. Y yo no sé lo que es verdad y lo que es mentira, ni lo que vi y lo que soñé -o mejor lo que soñé y lo que sólo vi-, ni lo que supe ni lo que creí. No sé si estoy traspassando a este papel, tan blanco como la nieve, mi conciencia que en él se ha de quedar, quedándose yo sin ella. ¿Para qué tenerla ya...?

¿Es que sé algo?, ¿es que creo algo? ¿Es que esto que estoy aquí contando ha pasado y ha pasado tal y como lo cuento? ¿Es que pueden pasar estas cosas? ¿Es que todo esto es más que un sueño soñado dentro de otro sueño? ¿Seré yo, Ángela Carballino, hoy cincuentona, la única persona que en esta aldea se ve acometida de estos pensamientos extraños para los demás? ¿Y éstos, los otros, los que me rodean, creen? Por lo menos, viven. Y ahora creen en San Manuel Bueno, mártir, que sin esperar inmortalidad les mantuvo en la esperanza de ella.

Parece que el ilustrísimo señor obispo, el que ha promovido el proceso de beatificación de nuestro santo de Valverde de Lucerna, se propone escribir su vida, una especie de manual del perfecto párroco, y recoge para ello toda clase de noticias. A mí me las ha pedido con insistencia, ha tenido entrevistas conmigo, le he dado toda clase de datos, pero me he callado siempre el secreto trágico de Don Manuel y de mi hermano. Y de curioso que él no lo haya sospechado. Y confío en que no llegue a su conocimiento todo lo que en esta memoria dejo consignado. Les temo a las autoridades de la tierra, a las autoridades temporales, aunque sean las de la Iglesia.

Pero aquí queda esto, y sea de su suerte lo que fuere.

¿Cómo vino a parar a mis manos este documento, esta memoria de Ángela Carballino? He aquí algo, lector, algo que debo guardar en secreto. Te la doy tal y como a mí ha llegado, sin más que corregir pocas, muy pocas particularidades de redacción. ¿Que se parece mucho a otras cosas que yo he escrito? Esto nada prueba contra su objetividad, su originalidad. ¿Y sé yo, además, si no he creado fuera de mí seres reales y efectivos, de alma inmortalidad? ¿Sé yo si aquel Augusto Pérez, el de mi novela *Niebla*, no tenía razón al pretender ser más real, más objetivo que yo mismo, que creía haberle inventado? De la realidad de este San Manuel Bueno, mártir, tal como me le ha revelado su discípula e hija espiritual Ángela Carballino, de esta realidad no se me ocurre dudar. Creo en ella más que creo en mi propia realidad.

Y ahora, antes de cerrar este epílogo, quiero recordarte, lector paciente, el versillo noveno de la Epístola del olvidado apóstol San Judas -¡lo que hace un hombre!-, donde se nos dice cómo mi celestial patrono, San Miguel Arcángel -Miguel quiere decir "¿Quién como Dios?", y arcángel archimensajero-, disputó con el diablo -diablo quiere decir acusador, fiscal- por el cuerpo de Moisés y no toleró que se lo llevase en juicio de maldición, sino que le dijo al diablo: "El Señor te reprenda." Y el que quiera entender que entienda.

Quiero también, ya que Ángela Carballino mezcló a su relato sus propios sentimientos, ni sé que otra cosa quepa, comentar yo aquí lo que ella dejó dicho de que si Don Manuel y su discípulo Lázaro hubiesen confesado al pueblo su estado de creencia, éste, el pueblo, no les habría entendido. Ni les habría creído, añado yo. Habrían creído a sus obras y no a sus palabras, porque las palabras no sirven para apoyar las obras, sino que las obras se bastan. Y para un pueblo como el de Valverde de Lucerna no hay más confesión que la conducta. Ni sabe el pueblo qué cosa es fe, ni acaso le importa mucho.

Bien sé que en lo que se cuenta en este relato, si se quiere novelesco -y la novela es la más íntima historia, la más verdadera, por lo que no me explico que haya quien se indigne de que se llame novela al Evangelio, lo que es elevarle, en realidad, sobre un cronicón cualquier-, bien sé que en lo que se cuenta en este relato no pasa nada; mas espero que sea porque en ello todo se queda, como se quedan los lagos y las montañas y las santas almas sencillas asentadas más allá de la fe y de la desesperación, que en ellos, en los lagos y las montañas, fuera de la historia, en divina novela, se cobijaron.

Salamanca, noviembre de 1930

Los ojos del hermano eterno

Stefan Zweig

PRÓLOGO

I

En una pequeña ciudad de Brasil, Petrópolis, Stefan Zweig se quita la vida. En esa terrible decisión lo acompaña su segunda esposa, la joven Lotta. Corría el año 1942. Febrero y carnaval. En Europa Hitler ejercía una autoridad brutal, criminal. Stefan Zweig, dos años después, seguía los pasos del gran pensador alemán Walter Benjamin. Curiosamente los dos mueren en geografías latinas. Siendo los dos judíos, uno creyó menos -Benjamín- en Alemania que el otro. Zweig hasta el final creyó en la cultura germana. Cuando vio que ésta era impotente para parar la maquinaria de destrucción humana que engrasaron hasta lo imposible los dos países germanos, Alemania y Austria, el mundo se le vino abajo. Benjamin se suicida porque las salidas a la libertad le fueron fatalmente cerradas. Zweig, instalado en esa anhelada libertad, se suicida porque su confianza en el gran humanismo europeo queda irreversiblemente tocada de muerte. Unos días antes, el 20 de enero (1942) termina en Berlín una reunión mantenida por los máximos jerarcas nazis, los superiores de las siniestras SS, los del ámbito judicial y los de los servicios secretos en la que se ha puesto de manifiesto la necesidad de poner en marcha una operación encaminada a la obtención de la "solución final del problema judío". Dicha solución afectaría también a otros grupos étnicos, como fueron los mestizos y gitanos. La solución del problema pasa por el empleo de los judíos aptos para trabajar en la construcción de carreteras, la esterilización del resto de grupos étnicos no arios, y el exterminio masivo y sistemático del resto de los judíos. Asimismo, en la reunión se pone de manifiesto el carácter encubierto de dicha "solución".

En noviembre de 1942 muere otro grande de las letras europeas: Bruno Schultz. Su raza se ajustaba a los parámetros diseñados por los señores de la barbarie. Mucho se ha escrito sobre las tendencias depresivas del autor de *Veinticuatro horas en la vida de una mujer*. Incluso en sus cartas podríamos rastrear alguna muestra de esta circunstancia. Pero es evidente que Stefan Zweig tenía una razón capital para borrarse del mundo: éste no estaba hecho a la medida de su sensibilidad, como tampoco a la medida de la sensibilidad de Benjamin y de ese otro gran austríaco llamado Joseph Roth. Si se leyera la correspondencia que establecieron el escritor y su amiga y primera mujer Friderike Maria Zweig-von-Winternitz desde la más temprana juventud de aquél hasta su final en Brasil, se podría entender cabalmente su convicción humanística para mirar el mundo y las obras del hombre. Esa convicción, tan próxima a la de ese otro gigante, hoy desgraciadamente olvidado, Roman Rolland, quedaría seriamente quebrantada desde el mismo inicio del nazismo en 1933. Los años que siguieron a aquella fecha trágica para la democracia europea no hicieron más que larvar el sentimiento de tragedia colectiva que Stefan Zweig nunca pudo doblegar hasta su explosión final: la impotencia y el suicidio.

II

En la biografía novelada *Triunfo y tragedia de Erasmo de Rotterdam* (1935), Stefan Zweig escribe: "La fuerza tiene un soplo vital escaso; golpea ciega y rabiosamente, pero por carecer su voluntad de un objeto, y por ser corta su reflexión, se desploma impotente después de tales estallidos repentinos... Sólo el fanatismo, ese bastardo del espíritu y la fuerza que quiere imponer al universo entero como forma de fe y de vida única la dictadura de una idea, la suya, separa a la

comunidad humana en enemigos y amigos, en partidarios y adversarios, héroes y criminales, fieles y herejes...". Este fragmento nos dice a las claras el ideario del escritor austríaco. Este concepto de comunión humana en peligro cuando la barbarie aproxima su cara, está expresada en todos sus textos de cariz histórico.

Stefan Zweig, como ocurrió con otros escritores como Thomas Mann y el ya citado Roth, fue criticado por otros escritores germanos por practicar un género que ellos consideraban poco menos que frívolo. Stefan Zweig fue uno de los que mejor supo adaptar los mecanismos de la novela histórica a las necesidades morales de su tiempo.

Pero la obra del austríaco no se reduce solamente a la literatura histórico-ideológica, como tampoco se reduce a sus biografías de personajes famosos de la historia, aun cuando en estos terrenos Zweig demostrará siempre su capacidad para recrear una época, captar con gran precisión un personaje. En este sentido hay que recordar sus estudios *La lucha contra el demonio: Hölderlin, Kleist, Nietzsche* (1925). *Tres maestros: Balzac, Dickens, Dostoievski* (1920) y *Tres poetas de su vida: Casanova, Stendhal, Tolstoi* (1928). En estos trabajos su autor evidencia siempre su gran pericia para captar las contradicciones y las líneas maestras de todo auténtico pensamiento artístico. Pero insisto, sus propósitos literarios aspiraron a dejar alguna huella en el campo de la ficción. Y lo cierto es que en la narrativa de imaginación pura de Stefan Zweig dejó obras que hoy se recuerdan y leen con la misma fruición con que se leen sus novelas históricas y biografías. No se puede decir lo mismo, todo hay que reconocer, de su producción poética y dramática.

Ese incansable viajero que fue Stefan Zweig -llegó a dominar también el castellano, lengua en la que daba sus conferencias cuando era invitado a algún país sudamericano-, alcanzó reputación mundial como autor de relatos y novelas cortas, algunos de ellos memorables y leídos por miles de personas. Quién no recuerda *Amok* (1922). Y el cuatro años después publicado con el célebre título de *Veinticuatro horas en la vida de una mujer*, intenso relato perteneciente al volumen *La cadena*, en donde el autor austríaco pone en funcionamiento, junto a su penetración psicológica, las entonces avanzadas investigaciones de Sigmund Freud. En esta última materia debe recordarse que fue otro escritor austríaco quien despertó la admiración del mismísimo Freud por su profundidad en el análisis del alma humana. Me refiero a Arthur Schnitzler, el otro escritor que, junto a Joseph Roth y Stefan Zweig, fue testigo y dejó imborrables testimonios literarios del ocaso del imperio austro-húngaro.

III

Los ojos del hermano eterno es un relato breve. Tal vez la mejor manera de leerlo sea hacerlo como si tuviéramos frente a nosotros una fábula antigua y exótica con algunas sentencias y no pocos mensajes. No obstante, Stefan Zweig no desconocía los resortes de la ficción y por ello la lectura de este delicioso cuento no sabe solamente a una excusa para trasladar alguna idea urgente, como, por otro lado, suele suceder con casi todos sus libros. En su autobiografía *El mundo de ayer*, el autor austríaco escribía: "Sólo el libro que se mantiene página tras página sobre su nivel y que arrastra al lector hasta la última línea sin dejarle tomar aliento, me proporciona perfecto deleite. "Zweig fue coherente con esta exigencia. Leer novelas como *Confusión de sentimientos* (1927), *Impaciencia del corazón* (1938), y hasta la última que escribió, *Novela de ajedrez*, todas ellas reflejan, amén de sus temas coyunturales o aspectos psicológicos que obsesionaban al escritor, una preocupación estética y un propósito para contentar al lector.

Los ojos del hermano eterno relata la historia de un hombre que acumuló tanto prestigio como poder. "Por los años en que el excelso Buda habitaba todavía la Tierra y prodigaba a sus fieles la luz del conocimiento, vivía en tierras de los birgaghenses, en la corte de un rey rajput, un noble llamado Virata, conocido por Espada Centelleante en mérito de ser valiente más que otro guerrero alguno, y un cazador cuyas saetas nunca fallaban, cuya lanza nunca se enrizó en vano y cuyo brazo se abatía como el trueno tras el revuelo fulgente de su espada". Así comienza esta fábula. En pocas líneas su autor nos resume los aspectos externos esenciales de su héroe. Lo que sigue y hasta el final es la historia de un implacable acto de despojamiento material y social. Virata conoce halagos y ofrendas, pero enseguida el destino pone la primera sombra a su vida esplendorosa: en un combate por servir a su rey, mata sin saberlo a su propio hermano que luchaba en las huestes enemigas. Ese luctuoso acontecimiento le procura la primera enseñanza: "He matado a mi propio hermano, y se me ha revelado que todo el que mata a otro, mata a su hermano". Tiempo después, su rey le encarga la delicada responsabilidad de juzgar a quienes cometen un delito. Dictar sentencia y enviar a alguien, por más culpable que sea, a la cárcel para siempre le pone frente a otra dura enseñanza: "No puedo continuar juzgando desde que sé que ningún hombre es capaz de juzgar a otro. No atañe a los humanos el poner penas, sino a Dios, porque quien toca la vida ajena incurre en delito".

(Como el lector puede comprobar, estamos ante un relato de ideas, ese tipo de literatura hoy en día tan en proceso de extinción. Pero Zweig las encadena mediante secuencias que nunca reniegan de su función encantadora, como hacían los antiguos rapsodas orientales.) La vida pone en el camino de Virata dificultades inesperadas pero de todas ellas saca el protagonista una lección crucial para proteger un don inestimable, su dignidad. A la par, Virata cree entender que el destino lo encamina hacia la soledad, el apartamiento. No es un fácil y cómodo recogimiento del espíritu; le duele. Tanto que un día reflexiona: "Múltiple es mi pecado, porque huyendo a la soledad negué mi servicio a la vida, fui un hombre inútil porque sólo me cuidaba de mi vida y a nadie prestaba servicio. Ahora quiero servir de nuevo". Virata descubre la falacia del aislamiento. Y también es crucial otro descubrimiento: "Sólo quien es útil es libre". Aquí, al final del relato, Zweig pone en boca de su héroe una sentencia sartriana, el meollo del existencialismo. Sólo es libre el que se compromete.

Es posible que el lector de este hermoso relato asocie su atmósfera a un libro mítico de nuestro tiempo, me refiero a *Siddharta* de Herman Hesse. Ambas piezas, es cierto, dibujan la búsqueda de una paz interior. Pero mientras el escritor suizo concibe su texto como una apología de la huida, del no compromiso con alguna causa, salvo la de la tranquilidad espiritual, Stefan Zweig urde una historia, aunque pareja en exotismo a la de Hesse, más terrena, acorde con un ideario humanista, una historia de comprensión y tolerancia pero junto a los hombres, no apartado de ellos.

Los ojos del hermano eterno procurará al lector ocasional de sus páginas, una rara sensación de universalidad y rabiosa actualidad. Nunca, entonces, más oportuna su publicación. Algo que seguramente hubiera puesto contento a su entrañable autor.

J. Ernesto Ayala-Dip